

Adolfo Kolping

La Persona



En la revista anterior compartimos la reflexión del Dr. Michael Hanke sobre la “Idea de Adolfo Kolping” en esta edición de la revista compartimos del Dr. Hanke el tercer tema del documento de trabajo “Adolfo Kolping y su obra En el pasado y presente” que profundiza sobre la persona de nuestro fundador.

Vocación y conciencia del deber

Adolfo Kolping se nos presenta como un hombre que en su manera de vivir y actuar refleja las sólidas convicciones religiosas que fueron características de su familia. Ser cristiano y católico, para él significaba mucho más que pertenecer tan sólo formalmente a la iglesia. Ser hombre de fe para él era la base y el criterio de todo lo que hacía. Entendió el hecho de ser creado por Dios como obligación de preguntar una y otra vez por la voluntad concreta de su creador y de examinar, en cada ocasión de nuevo, el camino recorrido y el camino por recorrer. Acompañó su diario vivir y actuar con una actitud de permanente reflexión crítica, la cual brotó de la certeza de que cada persona tenía su lugar en la vida asignado por Dios y por esto debía cumplir con los desafíos específicos que ese lugar conllevaba. Estaba convencido de que cada persona tenía una vocación en la vida y de que el rumbo que tomaba su vida, no estaba a su libre disposición, sino que debía ajustarse a esa vocación. Con esto no liberaba al hombre del deber de hacerse responsable personalmente de sus actos y de sus decisiones concretas. Todo lo contrario: el hombre tenía que estar atento a esta vocación para poder conocer su destino, para tomar sus determinaciones en la vida de acuerdo con él y para no resignarse ni acobardarse ante las dificultades y los obstáculos que podían surgir a lo largo de este camino que Dios le había asignado. Lo decisivo no era un éxito que pudiera ser constatado y medido con criterios humanos, sino el esfuerzo sincero por hacer lo correcto y lo necesario en cada momento. Ahora bien, no debemos subestimar el concepto que Kolping tiene de ese “esfuerzo sincero”, el cual incluía la capacidad y la determinación de movilizar y de comprometer todas las fuerzas disponibles para poner en práctica lo que se debía hacer de manera consecuente y sin vacilaciones, costara caro o barato, les gustara o no les gustara a los demás. Según Kolping, una vez que se hubiera asumido una tarea en la vida (en el ámbito que fuera, como por ejemplo, en la familia, del trabajo o de la sociedad), había que hacer todo lo humanamente posible para cumplirla, a pesar de todos los problemas que pudieran presentarse. Kolping mismo dijo: “No hay que preguntar por los costos”, cuando se trata del cumplimiento del deber.

Sin embargo, entenderíamos mal a Kolping, si nos quedáramos con la impresión de que “cumplir con su vocación” o “cumplir con su deber” para él hubiera significado asumir una actitud más bien pasiva o fatalista ante las oportunidades y las dificultades de la vida, como si el hombre sencillamente tuviera que aceptar y aguantar todo lo que la vida le deparaba. En realidad, la actitud que él exigía, tanto a sí mismo, como a otros, no excluía la iniciativa propia frente a los desafíos de la vida. Según él, cada persona tenía el derecho y también el deber de moldear su existencia de acuerdo con sus deseos y necesidades y de hacer lo posible por cambiar situaciones adversas. Lo decisivo, sin embargo, era

que cualquier iniciativa importante tuviera como punto de partida la pregunta por la voluntad del creador y que el sujeto asumiera - con valor y decisión y sin dejarse paralizar por sentimientos de debilidad o de impotencia ante las dificultades - las distintas responsabilidades que Dios le había confiado. Liberarse de estas responsabilidades “depositándolas en las manos de Dios”, habría sido, precisamente, el colmo de la irresponsabilidad frente a la vocación y el deber.

Me parece que este enfoque de Kolping es de una gran importancia en nuestro tiempo, el cual se caracteriza, sobre todo en el ámbito social, por muchas situaciones y por muchas dificultades que supuestamente sobrepasan nuestra capacidad de influir sobre ellas, con la consecuencia de que nos sentimos permanentemente tentados a desentendernos de nuestra propia responsabilidad frente a ellas. Pero Kolping no sólo puso exigencias, sino que puso énfasis, sobre todo, en el hecho de que el mismo Dios que nos pedía actuar con valor y responsabilidad frente a los problemas de la vida, también nos daba el apoyo que necesitábamos para superarlos, tal como se puede desprender de estas palabras: “Vamos, pues, y enfrentemos con valor y ánimo alegre la tarea, aunque parezca gigantesca. El gran Dios que levantó las montañas y que desparramó los mares, también nos ayudó para que encontráramos los senderos que cruzan los montes, y creó el viento e hizo liviana la manera, para que nuestros barcos surcaran los mares.” Con la misma fuerza, Kolping insistió en el hecho de que para los cristianos la vida terrenal era una “etapa transitoria” hacia la eternidad y que no constituía por sí sola una meta y un fin. Al respecto dijo:

“Nuestra patria verdadera está en el más allá. La vida de aquí es como una escuela que nos enseña y nos hace juntar méritos, para que alcancemos una vida distinta y mejor.”

Espíritu de oración y confianza en Dios

Surge la pregunta de dónde el hombre encuentra los recursos humanos necesarios para poder cumplir con todas las exigencias señaladas, las cuales muchas veces parecen superar sus fuerzas y capacidades. Para Kolping la respuesta es clara: la confianza en Dios es la fuente que alimenta todo su esfuerzo. Según él, el hombre, una vez creado por Dios, no ha sido abandonado a su suerte, sino que sigue siendo protegido por la mano de su creador que no lo deja solo ni permite que caiga al vacío. De esta manera, la confianza en Dios se convierte en la clave que hace posible que el cristiano cumpla con su deber, siempre y cuando su “actuar en confianza” implique su disposición consciente a aceptar o a realizar, respectivamente, la voluntad divina. La confianza que Kolping mismo tuvo en Dios, llegaba a tal punto que él, muchas veces, no se preocupaba de asegurarse lo más mínimo frente a posibles fracasos, cuando, por ejemplo, iniciaba un nuevo proyecto relacionado con la “Asociación de Jóvenes Artesanos”. Le bastaba su convicción de que Dios no lo fuera a abandonar, puesto que estaba luchando por una causa buena. Esta convicción se refleja en sus propias palabras:

“Si tenemos buen ánimo y confianza en Dios, no quedaremos en vergüenza. Mal andaríamos, si tuviéramos que poner nuestra confianza en los hombres.”

El camino que conduce a esta confianza, es - según Kolping - la oración, entendida como un diálogo necesario y permanente con Dios. Todo lo que es importante en la propia vida y en su entorno, puede ser tema de este diálogo: la reflexión sobre las preguntas fundamentales de la vida y del destino, la preocupación

de tomar las decisiones correctas en el diario vivir y actuar, la súplica personal en cualquier necesidad, el reto de superar vivencias y experiencias dolorosas y, no por último, el deseo de dar gracias y alabar a Dios. Kolping mismo incluyó en sus oraciones necesidades propias y ajenas, y tuvo como costumbre pedir a otros que incluyeran en sus oraciones los asuntos que eran importantes para él. Siempre se mostró convencido de que era “literalmente imposible que cayera un pelo de nuestra cabeza sin que lo hubiera permitido nuestro padre celestial”. Estaba absolutamente seguro de que la mano de su padre Dios lo sostenía, y esa certeza le daba la fuerza y la capacidad de forjar su vida y su obra con aquella determinación y aquella entrega que nos fascinan hasta el día de hoy. El mismo confesó que había logrado “a través de la oración más que a través de todas las preocupaciones y todos los esfuerzos humanos”, y añadió:

“Hay que dejar que Dios haga las cosas; su mano es más certera y más poderosa que las manos de todos nosotros.”

Sin embargo - insistimos una vez más en esto - la confianza que tuvo Kolping en el poder de la oración, nunca le sirvió de argumento o excusa para que dejara de actuar por sí mismo. Lo confirma diciendo:

“Si quiero lograr algo bueno que puedo alcanzar a través de mi propio esfuerzo, mi oración al respecto es, por regla general, muy corta y concisa. Encomiendo el asunto a Dios. Si se logra, bien; si no, lo intento de nuevo. Y si Dios definitivamente no lo quiere así, bien también, porque lo que importa, es su voluntad. Con esto basta. Sin embargo, si se trata de alguna meta cuyo logro no depende de mí directamente, como por ejemplo, la salud y el buen destino de los seres más cercanos

a mi corazón, entonces sí recurro sin cesar y sin cansarme a la oración. Sé por mi propia experiencia que con la oración uno puede llegar bien lejos.”

Amor al prójimo y capacidad de sentir con los demás

De acuerdo con Adolfo Kolping, un cristianismo auténtico no se agota en el cumplimiento de determinadas normas o en una participación formal en la vida de la iglesia; criterio de autenticidad es el amor al prójimo puesto en práctica. No fue casual el hecho de que el primer documento que Kolping publicó acerca de la “Asociación de Jóvenes Artesanos” llevara como lema la frase: “El amor convertido en acción sana todas las heridas; las meras palabras aumentan el dolor.” Por esto, la preocupación por el prójimo y el interés por él, fueron características destacadas de la personalidad de Adolfo Kolping. No importaba que el prójimo en un determinado caso fuera una persona cercana o más bien lejana y no le bastaba con una solidaridad meramente verbal; para Kolping contaba siempre la situación concreta, en la cual alguien necesitaba su ayuda y su cariño. De esta manera, tampoco cayó en esa tentación que se observa tanto en la actualidad y que posterga los compromisos pequeños e inmediatos de la vida diaria y del contexto humano más cercano en favor de una supuesta dedicación a los grandes problemas del mundo. Kolping se comprometió con el prójimo porque estaba convencido de que existía una relación múltiple y una dependencia mutua entre todos los hombres en su calidad de seres creados por un mismo Dios. Según lo que dijo en alguna ocasión, Dios había confiado el mundo no a los hombres de manera individual, sino a la humanidad como un todo. Partiendo de este principio, Kolping insistió una y otra vez en la obligación del individuo de asumir,

de acuerdo con sus posibilidades, su parte de la responsabilidad en favor del conjunto de todos los seres humanos. Su propio compromiso con la “Asociación Católica de Jóvenes Artesanos” fue uno de muchos ejemplos de como él mismo asumía esta responsabilidad, de la cual - según él - nadie debía sustraerse, aunque los ámbitos concretos que exigían su compromiso, parecieran ser de poca importancia.

Al estudiar muchas de las cartas escritas por Kolping, uno constata una y otra vez su gran capacidad de alegrarse y de sufrir con aquellas personas a las que él se sentía especialmente cercano. Aún en momentos de gran agobio propio, no dejó de preocuparse por el otro y de expresarle esta preocupación a través de una carta o de un hecho concreto. Así, por ejemplo, escribió a una familia amiga afectada por un accidente:

“¡Cuánto me gustaría estar en este instante a su lado para darles todo el apoyo y consuelo del que soy capaz! Hoy no me queda otra que escribirles ahora mismo al menos algunas líneas, para que vean que aún estando lejos comparto íntimamente todo lo que les afecta.”

La manera en que Kolping expresó sus sentimientos para con otros, nunca fue artificial o inoportuna, puesto que siempre tuvo su origen en un corazón sincero y en un deseo auténtico de estar a disposición del otro, y muchas veces esto le obligó a posponer sus propios intereses y sus propias necesidades. Esto se vio, por ejemplo, cuando en algún momento durante sus años de estudiante de enseñanza media cuidó a un compañero enfermo de viruela, sin preocuparse por los riesgos que corría su propia salud y relegando sus obligaciones escolares a un segundo lugar. Otro ejemplo fue la manera decidida en que enfrentó - en 1849, en Colonia - la epidemia del cólera inscribiéndose inmediatamente como

voluntario para asistir pastoralmente a los enfermos y poniendo en peligro, con esto, la existencia de la recién fundada “Asociación de Jóvenes Artesanos” de esa ciudad y así también el futuro de toda su obra. Ante los reproches de sus amigos, se justificó diciendo sencillamente que en ese momento los enfermos eran sus prójimos.

Sin embargo, Kolping no se contentaba con solidarizar con el otro que se encontraba en alguna situación difícil, sino que él mismo compartía sus propias alegrías y sus propios sufrimientos con los amigos, entendiendo la amistad siempre como una relación de un compartir mutuo que le permitía “molestar” al otro con las preocupaciones y los problemas que le aquejaban. Sus cartas dan testimonio de esto, por ejemplo, cuando escribe a un amigo de su juventud:

“Te estoy escribiendo algo que no tiene nada que ver contigo y que, en realidad, debería guardar para mí. Pero puesto que eres mi amigo en el pleno sentido de esta palabra, esta vez debes aguantar que desahogue mi rabia contigo.”

Competencia y orientación a las metas

Vivir una vida de compromiso con el prójimo y con el mundo exige, más allá de la buena voluntad, ser competente, y para llegar a serlo, uno tiene que desarrollar todas sus potencialidades. El mismo Kolping dio un ejemplo al respecto, cuando abandonó su trabajo de artesano y comenzó una nueva etapa en su vida para no desaprovechar toda su capacidad intelectual. Por lo demás, para él, la manera en que una persona desarrollaba sus propios lados fuertes y sus capacidades no debía ser arbitraria sino obedecer a su vocación, en el sentido en que

hemos explicado este concepto algunas páginas atrás. Cumplir con el deber de ser fiel a la vocación en este punto, según Kolping, era una tarea permanente en la vida, y la manera de enfrentar esta tarea dependía mucho del fundamento ideológico que uno tenía, puesto que este fundamento proporcionaba al individuo los impulsos y los criterios para su forma específica de actuar. En la vida concreta de Adolfo Kolping se puede apreciar que él vivía lo que predicaba. Ejemplo de ello es el hecho de que él mismo haya encontrado su compromiso para toda la vida en la "Asociación Católica de Jóvenes Artesanos", convirtiendo así su propia experiencia competente como artesano en impulso para asumir una tarea que Dios le había propuesto al acercarle a ese primer grupo organizado de artesanos de Elberfeld, sin que Kolping hubiera buscado este contacto.

Kolping siempre fue un hombre de acción, motivado incansablemente por el deseo de hacer algo en favor de los demás. El dijo de sí mismo:

"Cada vez me gusta más una vida llena de acción, y lo único que puede satisfacerme, es la acción; debe ser, sin embargo, siempre una acción orientada al bien de la humanidad."

Nunca aceptó un cristianismo que se contentara con enfocar la vida exclusivamente desde la necesidad de "salvar el alma". Ser cristiano debía acreditarse a través de la acción concreta en favor del mundo, en bien de los demás. El mismo dio testimonio de esta convicción suya, cuando - recién salido de una grave enfermedad - escribió:

"¡Con cuánta alegría habría muerto, si hubiera podido tener la conciencia de haber llevado a cabo en mi vida en la tierra muchas obras buenas en pro de los hombres! La vida de cada uno de nosotros está llena

de oportunidades para hacer el bien. Lo que pasa es que, generalmente, uno no se percata de esto hasta que es demasiado tarde. Son importantes las buenas palabras y los buenos sentimientos, pero son poca cosa en comparación con las buenas obras."

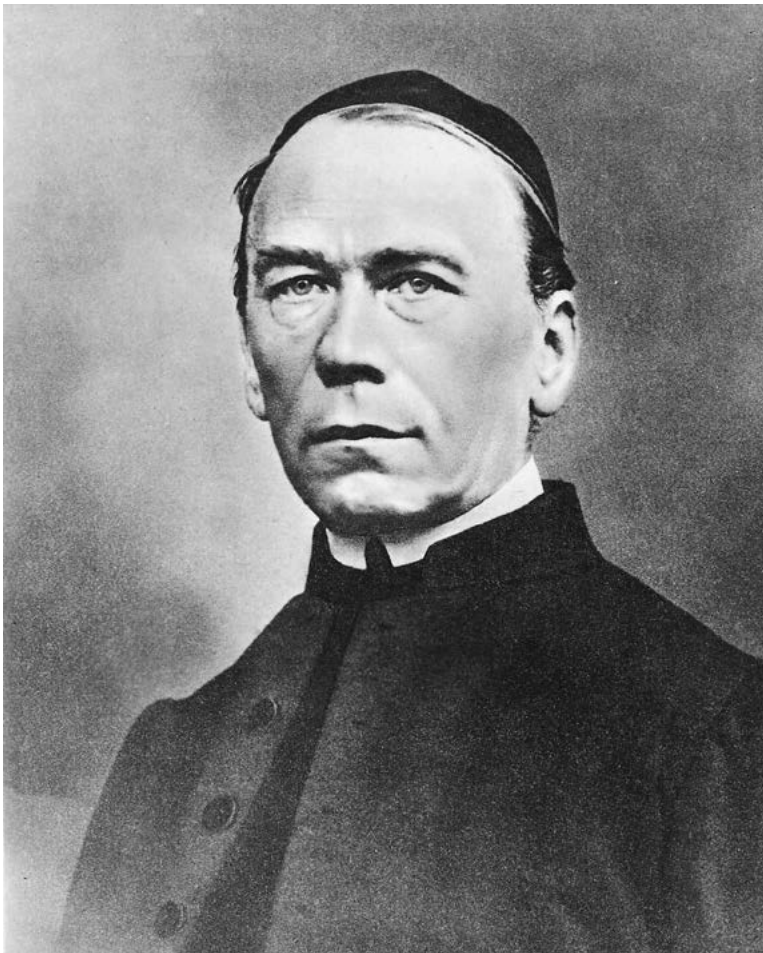
Un rasgo característico en la vida de Adolfo Kolping es su manera consecuente de perseguir sus metas, su compromiso total con una causa reconocida como justa y necesaria, su entrega a la tarea asumida o autoimpuesta, hasta el punto de atender contra su propia persona. Dentro de sus múltiples actividades, a Kolping nunca le faltó la oportunidad de demostrar su determinación de orientarse, exclusivamente, a la obtención de resultados. Sin esta actitud, no podía haber estructurado su obra en la forma en que la pudo entregar a sus sucesores en la hora de su muerte. Sin embargo, es necesario señalar que - precisamente por su tenacidad y su orientación hacia la concreción de sus metas - Kolping no siempre fue una persona fácil de tratar para sus contemporáneos. El mismo se dio cuenta de ello, por ejemplo, cuando - dirigiendo por un motivo determinado una carta de reclamo al Vicario General de Colonia - escribió:

"No quiero otra cosa que lo que quiere la Iglesia, pero esto lo quiero sin temor a lo que puedan decir los hombres y - a veces, cuando el llamado de la conciencia es más fuerte que el miedo del corazón - aún a riesgo de chocar con otras personas."

De hecho, durante toda su vida Kolping "chocó con otras personas", sin que esto le hubiera hecho vacilar en su compromiso. Todo lo contrario: los conflictos eran para él la confirmación de que el camino que estaba recorriendo, era el correcto y el necesario.

En este contexto debe mencionarse también la capacidad que tuvo Kolping de evaluar de un modo realista las propias posibilidades y de concentrar las fuerzas que tenía alrededor de pocos objetivos escogidos. El hecho de que Kolping se hubiera dedicado, de manera casi exclusiva, a ese segmento especial de la sociedad conformado por los artesanos jóvenes, sabiendo que había tantos otros grupos que con urgencia necesitaban apoyo, se explica por el realismo de su enfoque de las cosas, el cual le hizo caer en la cuenta de que tenía que limitarse a un campo único, si quería trabajar con éxito. Estuvo muy consciente de que iba a desparramar sus fuerzas y, finalmente, fracasar, si quería abarcar a la vez otras tareas y otros problemas. Pese a esto, Kolping nunca se resignó ante las limitaciones y las deficiencias de sus propios recursos y nunca abandonó sus compromisos refugiándose en el argumento de una supuesta impotencia frente a circunstancias adversas. Desde su punto de vista, cada persona, sin que importara el lugar que ocupara, podía aportar lo suyo a la transformación del mundo. De acuerdo con esta convicción, pudo decir:

"Si cada uno se esfuerza por actuar de la mejor manera posible dentro de su ámbito personal y más cercano, pronto también el mundo mejorará."



Apertura de espíritu y capacidad de seguir aprendiendo

En alguna oportunidad, un sacerdote que asesoraba a una de las asociaciones, le preguntó a Kolping qué podía y debía ofrecer a los miembros. Respondiéndole, Kolping le recomendó acercarse más a esos artesanos jóvenes, compartir más tiempo con ellos y así conocer mejor su situación. De esta manera se le iba a ocurrir espontáneamente lo que ellos necesitaban y lo que les interesaba. Este es un ejemplo de la actitud de apertura que caracterizaba a Kolping, tanto frente a nuevas experiencias y nuevas impresiones, como frente a situaciones de cambio. De esta actitud dan testimonio lo mismo sus relatos de viaje, siempre muy vivos, que su trabajo en la asociación. Su propia historia de la vida le ofreció muchas oportunidades

y muchos desafíos para enfrentarse a su tiempo con este espíritu abierto, el cual incluía la capacidad de autocrítica y con ella la disposición a volver a examinar y a cuestionar muchas veces sus propios conocimientos, puntos de vista y modos de proceder.

Esa actitud de apertura que vemos en Kolping, le motivó, por una parte, a seguir aprendiendo y a buscar nuevas experiencias, y por otra parte, a tomar en serio los intereses y las necesidades de las personas. Lo que acabamos de decir, lo constatamos, de manera especial, en el trabajo práctico que Kolping realizaba en la "Asociación de Jóvenes Artesanos". Kolping no se cansó de repetir que lo más importante era organizar este trabajo de tal manera que el otro recibiera ayuda para poder ayudarse a sí mismo y que no se convirtiera en mero objeto de un proceso unilateral de formación. Sin embargo, debemos tener claro que esta apertura de

espíritu no impedía ni excluía que Kolping, cuando examinaba y evaluaba críticamente la realidad y los acontecimientos de su tiempo, siempre partiera del fundamento sólido y nunca cuestionado que para él era su religión. De la misma manera, sus esfuerzos por tomar en serio a la otra persona nunca le indujeron a callarse ante el otro, cuando se trataba de señalarle, sin dejar lugar a dudas, sus tareas y sus obligaciones o de hacerle caer en la cuenta de actitudes o maneras de comportarse erróneas. Para Kolping era totalmente legítimo y natural enfrentar de una forma bastante dura opiniones o actitudes que le parecían equivocadas o peligrosas. Luchar contra el error, sin embargo, nunca significaba para Kolping condenar al que estaba equivocado o negarle el derecho a profesar una opinión errónea. Saber hacer esta distinción entre "el error" y "la persona que se equivoca", es y siempre ha sido un arte difícil; los escritos de Adolfo Kolping, sin embargo, y su propia manera de actuar muestran sus esfuerzos permanentes por asumir una actitud correcta al respecto.

Dentro de este contexto, es importante mencionar también los esfuerzos que hizo Kolping por no dejarse influir por prejuicios contra las personas. Referente a esto, escribió: "Más de alguno se convirtió en ladrón, pillito y canalla de hecho, porque la gente lo había considerado y tratado como tal, cuando todavía no lo era." Es verdad que Kolping no tuvo reparos en llamar las cosas por su nombre; sin embargo, nunca lo hizo antes de tener la evidencia necesaria. También en este punto, su actitud estuvo motivada por su fundamento religioso, el cual no le permitió transar con opiniones o maneras de proceder adversas, pero que, a la vez, lo empujó a ver en el adversario ante todo a la persona, al hermano en Cristo, que tiene derecho a ser tomado en serio y a quien no se hace justicia con prejuicios y condenas prematuras.

Modelo y ejemplo

Alguien que no es cumplidor ejemplar, no puede motivar a otros para que cumplan con su deber. Adolfo Kolping estuvo convencido de esto y, consecuentemente, se esforzó en todo momento por cumplir con su deber, lo mismo ante Dios que ante sus contemporáneos y ante sí mismo. Dar siempre un buen ejemplo en este punto, para Kolping fue sumamente importante. Escribió al respecto: *“Nada enseña de manera más eficaz y duradera que el buen ejemplo de todos los días.”* El afán de ser buen ejemplo para los demás, de señalarles con el propio ejemplo el camino correcto a recorrer y de motivarlos por seguir este ejemplo, siempre estuvo presente en la vida de Kolping. Es un afán que hasta el día de hoy no ha perdido nada de su validez. Sin embargo, esta actitud presupone que uno esté seguro de sí mismo y de lo que hace, puesto que - según Kolping - nadie puede transmitir a los demás actitudes tan esenciales como valor y ánimo, si él mismo no las irradia sin vacilar ante las dificultades. De nuevo, debemos señalar la fe religiosa como la fuente de la que Kolping se alimentó también en ese ámbito. De ahí surgió, a la vez, su capacidad de unir al buen ejemplo esa franqueza que no rehusa expresar con decisión la propia convicción o que se atreve a enfrentar a los demás con exigencias y llamados de atención.

“No estoy hecho para adular, mi profesión es decir la verdad a la gente”,

enfatisa el mismo Kolping.

De hecho, si queremos dar crédito a sus escritos y al testimonio que sus contemporáneos dieron de él, Kolping nunca fue un hombre de mucha palabrería, más bien alguien que, por regla general, expresaba muy claramente lo que pensaba y que en el otro no dejaba lugar a dudas acerca de lo que se esperaba o se exigía de él. De manera especial, este

rasgo de Kolping se puede observar en su manera de comunicarse con sus amigos, puesto que para él la amistad tenía que ser el lugar privilegiado para un intercambio de opiniones franco y hasta crudo, tal como se desprende de lo que él mismo escribió a un amigo: *“Lo que nos hace amigos no es la posibilidad de decirnos cosas para pasar el tiempo y para alegrarnos de la vida, sino el hecho de que podemos juntarnos en horas que exigen seriedad, e intercambiar nuestros puntos de vista y nuestras opiniones con franqueza, fidelidad y sinceridad.”* Naturalmente, el ejemplo de franqueza que Kolping siempre quiso dar, no le ayudó, precisamente, a ganarse amigos. Sin embargo, esta circunstancia no pudo cambiar su convicción de que una actitud franca y abierta nunca perjudicaría su causa.

Este rasgo característico de Adolfo Kolping que acabamos de mencionar, estuvo relacionado íntimamente con su concepto de la propia persona y de su propia importancia. Cuando en un momento determinado de enfermedad se enteró de que habían temido por su vida, escribió: *“A Dios no le cuesta nada reemplazar a un tipo como yo.”* No es, en el sentido clásico, una actitud de “modestia” la que le hizo formular estas palabras, puesto que siempre estuvo muy consciente de su propia importancia y de la importancia de su obra. Sin embargo, gracias a su convicción religiosa no caía en el peligro de sobreestimarse, porque siempre mantuvo la conciencia de no haber podido lograr nada, absolutamente nada, sin la voluntad y la ayuda de Dios. En una de sus cartas lo escribió sin falsos romanticismos:

“Nuestro buen Dios nunca me ha necesitado, de esto estoy cierto. Podía haber convertido en padre de los artesanos jóvenes a cualquier otro, si hubiese querido.”

Esta visión de su propia persona, junto con la franqueza ya descrita, impidió que Kolping se preocupara demasiado de lo que otros pensaban y decían de él. No cayó en la tentación de guardar para sí sus ideas y opiniones tan sólo con el fin de recibir o de no perder el reconocimiento y el aprecio ajenos, y tuvo la capacidad de no dejarse manipular por lo que la gente opinaba de él, fuera en su favor o en su contra. Escribió al respecto:

“¿La gente habla de mí? Qué hable y diga lo que quiera. Yo estoy harto de adulaciones y me da asco la manera en que resaltan mi persona. Y si, al contrario, me echan pestes, cuando no lo hubiera merecido, no me roban el sueño.”